

PLUMA y LAPIZ



NÚM. 25

VIRGINIA REITER

PRIMERA ACTRIZ DE LA COMPAÑÍA QUE ACTÚA EN EL GRAN TEATRO DEL LICEO.

LA SUPERSTICIOSA

ABUNDAN mucho las personas supersticiosas. Hasta las hay que *cultivan* la superstición con verdadero entusiasmo, haciendo de ello alarde, como si no fuese un pecado de los que con más fuerza empujan á las almas hacia las tan reputadas calderas de Pedro Botero.

El que se derrame la sal sobre el mantel (que es la más salada de las supersticiones).

La rotura de un espejo (cosa desde luego desagradable si hay que reponerlo).

El nombrar á la... eso, á la... (ya comprenden ustedes que no me refiero á la jirafa).

El que entre en el aposento un moscón de tripa negra.

El encontrarse á un tuerto al salir de casa.

El dar vueltas á una silla (cosa de mal agüero para la alfombra).

Y la llegada del martes (sobre todo cuando el lunes se le ha concluído á uno el dinero).

He aquí unos cuantos hechos que suponen otras tantas desgracias más ó menos próximas.

Así lo entienden los supersticiosos vulgares. Pero yo tengo una vecina llamada doña Caralampia Lechuzín, que es una supersticiosa distinguida.

En un certamen de supersticiones, ahora que los concursos están de moda, doña Caralampia lograría el premio de honor.

Sobre todo si el día del fallo se la vertía el vino sobre el mantel.

¡He sabido de ella cosas estupendas!

Se le cae encima un armario lleno de ropa, la rompe la cabeza ¡y dice que aquello es una desgracia!

¿Se la pierde un billete de cien pesetas? ¡Malo!

¿Se le cae á la criada una liga en el cocido? ¡Malo también!

En fin, de supersticiones especiales y nunca oídas tiene la buena señora un repertorio magnífico.

¿De dónde habrá sacado que el encontrarse á uno de Calatayud y al mismo tiempo sentir picor en las pantorrillas es de buena sombra?

¿Quién la habrá dicho que es de mal agüero apretarse el corsé cuando hay un reo en capilla?

¿A quién habrá oído decir que si se derrama chocolate en el altar mayor, antes de un mes le dan viruelas al alcalde del barrio?

Además, doña Caralampia se guardará muy bien de tocar á un clavel rojo cuando esté constipada, porque para ella es indudable que dentro de aquel año se la extravía la cédula personal.

No recuerdo ahora qué otras extravagancias preocupan á mi vecina.

Lo que sí recuerdo es que un tal don Ciriaco Pascual, sacerdote respetable, que estima de veras á la buena señora, lleva mucho tiempo dedicado á quitarla de la cabeza semejantes tonterías, pues aparte de que son opuestas á los preceptos divinos, la obligan á vivir en continuo sobresalto, hasta el punto de quitarla el apetito muchas veces y el sueño no pocas, debiendo á estas causas el tener siempre color de lechuga desconsolada y unas ojeras hasta las orejas.

—Señora—la dijo un día don Ciriaco—no siga usted ofendiendo á Dios. ¿Quiere usted que hagamos ejercicios prácticos de contra-superstición?

—Si usted me lo manda...

—¿Ve usted ese moscón que zumba en los vidrios de la ventana?

—Sí, padre. ¿No le he de ver si parece un pavo?

—Bueno, pues, mírele la tripa. ¿De qué color es?

—Negra como la de un carbonero.

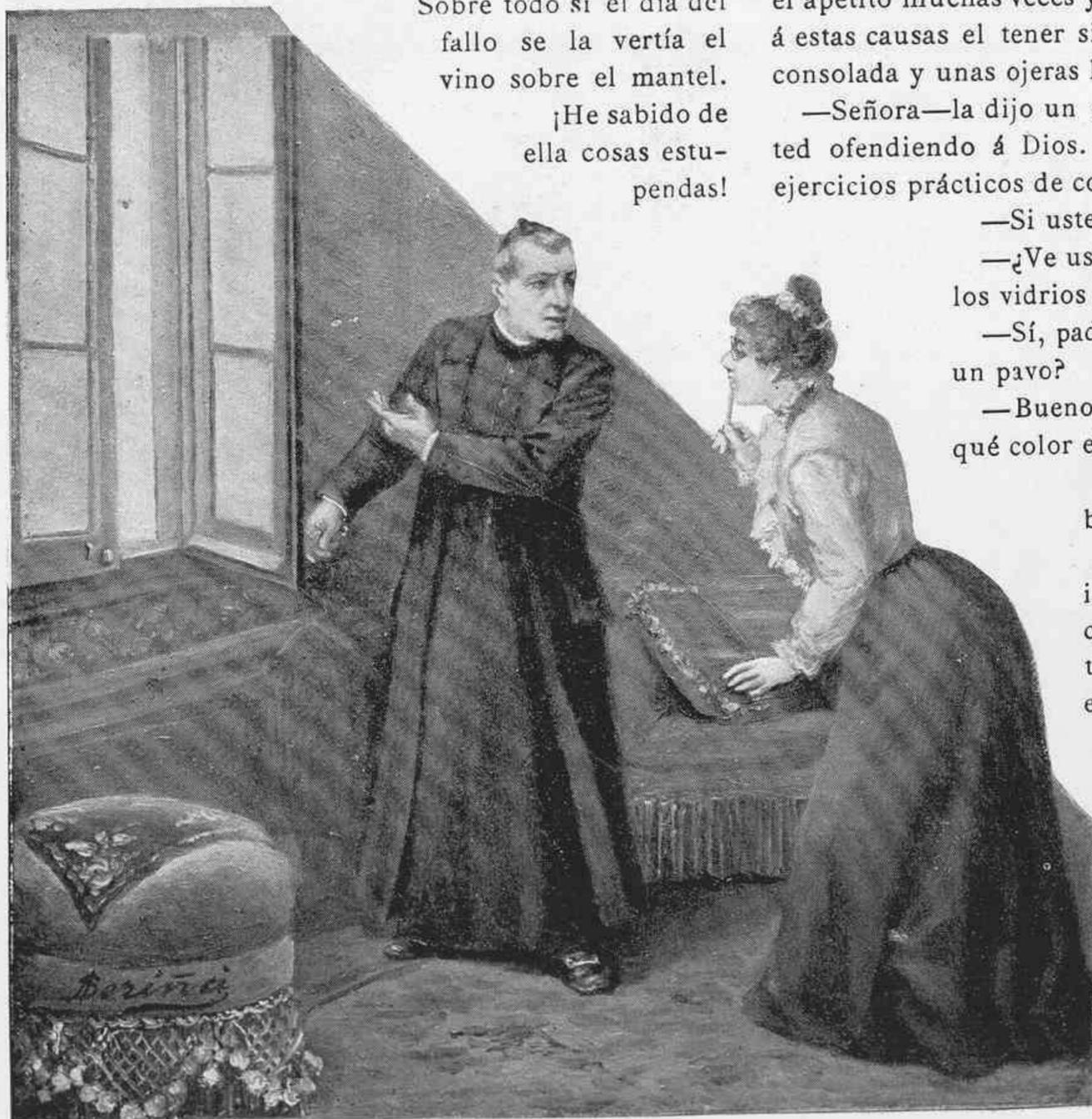
—Corriente. Ahora usted, impulsada por sus locas creencias, cogería los zorros y comería con ellos el asesinato de ese pobre bicho ¿no es verdad?

—Sí, padre.

—Pues, no, hija, digo yo. ¿Quién sabe si ese moscón es un honrado padre de familia... de una familia de moscones inocentes? Y sobre todo ¿nos hace algún daño?

—No, señor, pero...

—¿Mosconeas? ¿Y qué?



¿No mosconeaba también el barítono de ahí enfrente?

—¡Ya lo creo!

—¿Y por eso vamos á matarle?

—No, señor; el vecino es más inofensivo que el moscón.

—¿Por qué?

—Porque no tiene la tripa negra.

—Vamos, doña Caralampia, no seamos así, y perdonemos la vida á ese animal.

—¿Al barítono?

—No, al moscón.

Y esto diciendo, abrió don Ciriaco la vidriera, y el insecto se fué á la calle tan agradecido y tan risueño.

Doña Caralampia quedó menos preocupada que otras veces, y al presbítero se le figuró que iba convirtiendo á su amiga.

Otro día le dijo ésta:

—Don Ciriaco; al salir de casa he tropezado con un tuerto.

—Pues, hija, eso no es ninguna desgracia.

—¿Usted me lo asegura?

—En absoluto. En cambio yo, al salir á la calle, me he encontrado á un conocido mío que tiene todos sus ojos cabales.

—¿Y qué?

—Que me ha parado para pedirme dos duros. ¡Ya ve usted si eso es mala sombra!

Y así, suavemente, don Ciriaco iba combatiendo con éxito las arraigadas supersticiones de doña Caralampia, de las cuales se prometía verla libre en poco tiempo.

Cuando estaba ya á punto de lograrse el triunfo deseado, llegó el día de San Caralampio bendito, y la víspera de tan señalada fecha, le dijo la señora al sacerdote:

—Mañana celebro mi santo y espero que comerá usted conmigo.

—Con mucho gusto, pero...

—No hay excusa. Si es que usted teme disgustarse porque yo me preocupe al ver que el vino se vierte ó la sal se derrama, yo le prometo no tomar en consideración nada de lo que ocurra. Ha llegado usted á convertirme por completo. Ya no soy supersticiosa.

—Eso me complace mucho. Cuente usted, pues, conmigo.

—Gracias. Pero le advierto que la comida será muy modesta: comida de familia nada más.

—¿Vienen sus hermanos de usted?

—Sí, señor; los tres con sus tres esposas y los cinco hijos del mayor.

—Muy bien. De modo, señora, que en total seremos á la mesa...

—Trece, don Ciriaco.

—¿Ha dicho usted trece?

—Sí, señor.

La fisonomía del sacerdote experimentó una contracción extraña. Despidióse el reverendo señor algo pensativo y no pronunció una palabra más.

Al día siguiente, recibió doña Caralampia, entre cien tarjetas de felicitación, una que decía así:

CIRIACO PASCUAL

RUEGA Á SU AMIGA DOÑA CARALAMPIA LECHUZÍN
LE DISPENSE QUE NO ASISTA Á LA COMIDA
POR ENCONTRARSE ALGO INDISPUESTO.

Y es que hasta las personas más respetables y virtuosas tienen algún defectillo del cual acaso no se dan cuenta. La condición humana nos alcanza á todos.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Ilustraciones de A. SERIÑÁ.



MARIPOSAS

Una sonrisa tuya vale un mundo;
una mirada tuya vale un cielo;...
sonríeme un instante y luego, mírame,
que por tus labios y tus ojos muero;
muero en el ansia
de lo supremo;
muero en la pira
de amor excelso.

Una sonrisa tuya es el Vesubio;
una mirada tuya es el Infierno;...
Dame á morir en ellas, abrasado,
como en foco de llamas el insecto;
que así la gloria
probar deseo
junto á tus labios
y ojos de fuego.

* * *
Cuando el Euro con besos furtivos
entrebrea las flores
y sus rimas preludia el alado
cantor de los bosques;
cuando, cisnes aéreos, las nubes
el cielo recorren
y la tarde se duerme, esparciendo
llameantes colores;



¡ay! entonces despierto en mi mundo
de tétricas noches
y la angustia es un buitre muy negro
que el pecho me roe...

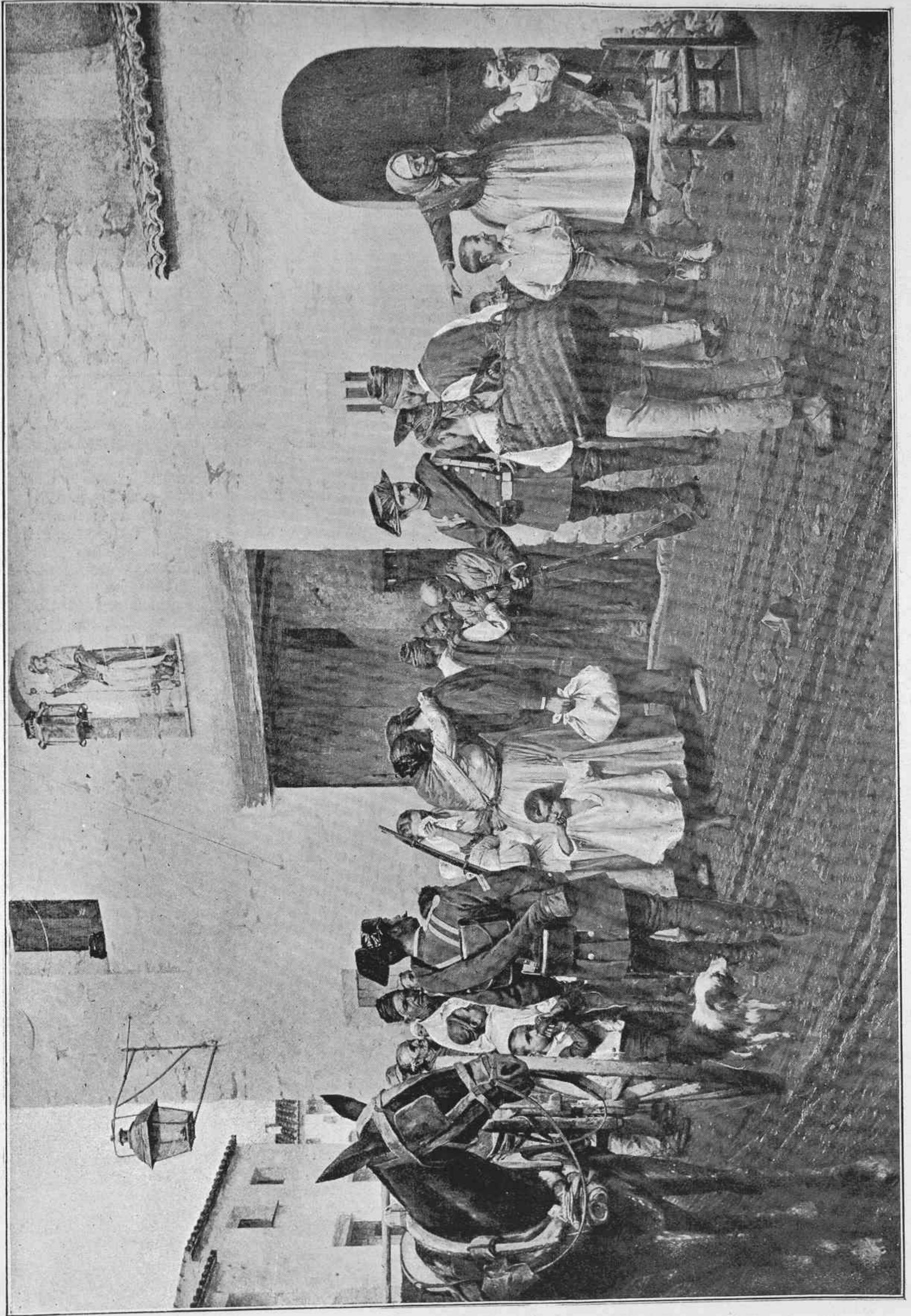
Es que en ese momento, en que todo
reviste primores,
vibración infinita, en mi alma
resuena tu nombre,
y, visión de mis sueños, tu imagen,
por raro transporte,
como estatua marmórea, en mi estancia
refléjase entonces;
y es en vano que le haga promesas
de eternos amores:
su silencio es collar de palabras
que nunca se rompe.

* * *
Si con frases de fuego
escribirse pudiera cada línea
en el gigante idioma de las almas,
lo que siento en mi alma te diría.

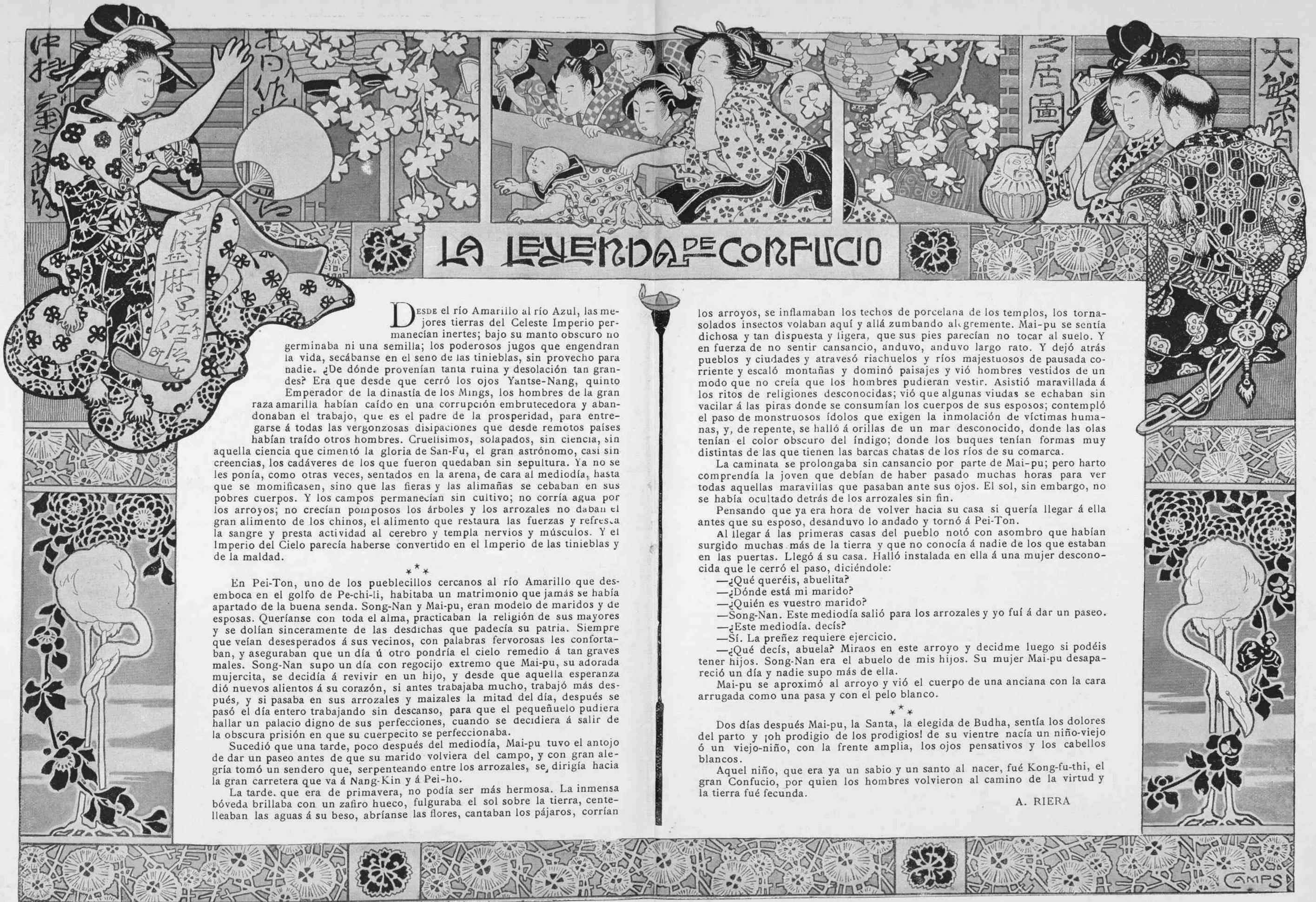
Sueño contigo y pienso
en esa nube que en mi torno gira;
nube que, al parecer, es un celaje,
y que es la historia de un amor sin vida.

Cavemos una fosa
ancha y profunda. y en su obscura sima
guardemos los despojos de un cadáver
que el tiempo volverá sólo cenizas.

L. TORRES ABANDERO



El Prórugo.



LA LEYENDA DE CONFUCIO

DESDE el río Amarillo al río Azul, las mejores tierras del Celeste Imperio permanecían inertes; bajo su manto obscuro no germinaba ni una semilla; los poderosos jugos que engendran la vida, secábanse en el seno de las tinieblas, sin provecho para nadie. ¿De dónde provenían tanta ruina y desolación tan grandes? Era que desde que cerró los ojos Yantse-Nang, quinto Emperador de la dinastía de los Mings, los hombres de la gran raza amarilla habían caído en una corrupción embrutecedora y abandonaban el trabajo, que es el padre de la prosperidad, para entregarse á todas las vergonzosas disipaciones que desde remotos países habían traído otros hombres. Cruelísimos, solapados, sin ciencia, sin aquella ciencia que cimentó la gloria de San-Fu, el gran astrónomo, casi sin creencias, los cadáveres de los que fueron quedaban sin sepultura. Ya no se les ponía, como otras veces, sentados en la arena, de cara al mediodía, hasta que se momificasen, sino que las fieras y las alimañas se cebaban en sus pobres cuerpos. Y los campos permanecían sin cultivo; no corría agua por los arroyos; no crecían pomposos los árboles y los arrozales no daban el gran alimento de los chinos, el alimento que restaura las fuerzas y refresca la sangre y presta actividad al cerebro y templea nervios y músculos. Y el Imperio del Cielo parecía haberse convertido en el Imperio de las tinieblas y de la maldad.

En Pei-Ton, uno de los pueblecillos cercanos al río Amarillo que desemboca en el golfo de Pe-chi-li, habitaba un matrimonio que jamás se había apartado de la buena senda. Song-Nan y Mai-pu, eran modelo de maridos y de esposas. Queríanse con toda el alma, practicaban la religión de sus mayores y se dolían sinceramente de las desdichas que padecía su patria. Siempre que veían desesperados á sus vecinos, con palabras fervorosas les confortaban, y aseguraban que un día ú otro pondría el cielo remedio á tan graves males. Song-Nan supo un día con regocijo extremo que Mai-pu, su adorada mujercita, se decidía á revivir en un hijo, y desde que aquella esperanza dió nuevos alientos á su corazón, si antes trabajaba mucho, trabajó más después, y si pasaba en sus arrozales y maizales la mitad del día, después se pasó el día entero trabajando sin descanso, para que el pequeñuelo pudiera hallar un palacio digno de sus perfecciones, cuando se decidiera á salir de la obscura prisión en que su cuerpecito se perfeccionaba.

Sucedió que una tarde, poco después del mediodía, Mai-pu tuvo el antojo de dar un paseo antes de que su marido volviera del campo, y con gran alegría tomó un sendero que, serpenteando entre los arrozales, se dirigía hacia la gran carretera que va á Nang-Kin y á Pei-ho.

La tarde, que era de primavera, no podía ser más hermosa. La inmensa bóveda brillaba con un zafiro hueco, fulguraba el sol sobre la tierra, centelleaban las aguas á su beso, abríanse las flores, cantaban los pájaros, corrían

los arroyos, se inflamaban los techos de porcelana de los templos, los tornasolados insectos volaban aquí y allá zumbando alegremente. Mai-pu se sentía dichosa y tan dispuesta y ligera, que sus pies parecían no tocar al suelo. Y en fuerza de no sentir cansancio, anduvo, anduvo largo rato. Y dejó atrás pueblos y ciudades y atravesó riachuelos y ríos majestuosos de pausada corriente y escaló montañas y dominó paisajes y vió hombres vestidos de un modo que no creía que los hombres pudieran vestir. Asistió maravillada á los ritos de religiones desconocidas; vió que algunas viudas se echaban sin vacilar á las piras donde se consumían los cuerpos de sus esposos; contempló el paso de monstruosos ídolos que exigen la inmolación de víctimas humanas, y, de repente, se halló á orillas de un mar desconocido, donde las olas tenían el color obscuro del índigo; donde los buques tenían formas muy distintas de las que tienen las barcas chatas de los ríos de su comarca.

La caminata se prolongaba sin cansancio por parte de Mai-pu; pero hartó comprendía la joven que debían de haber pasado muchas horas para ver todas aquellas maravillas que pasaban ante sus ojos. El sol, sin embargo, no se había ocultado detrás de los arrozales sin fin.

Pensando que ya era hora de volver hacia su casa si quería llegar á ella antes que su esposo, desanduvo lo andado y tornó á Pei-Ton.

Al llegar á las primeras casas del pueblo notó con asombro que habían surgido muchas más de la tierra y que no conocía á nadie de los que estaban en las puertas. Llegó á su casa. Halló instalada en ella á una mujer desconocida que le cerró el paso, diciéndole:

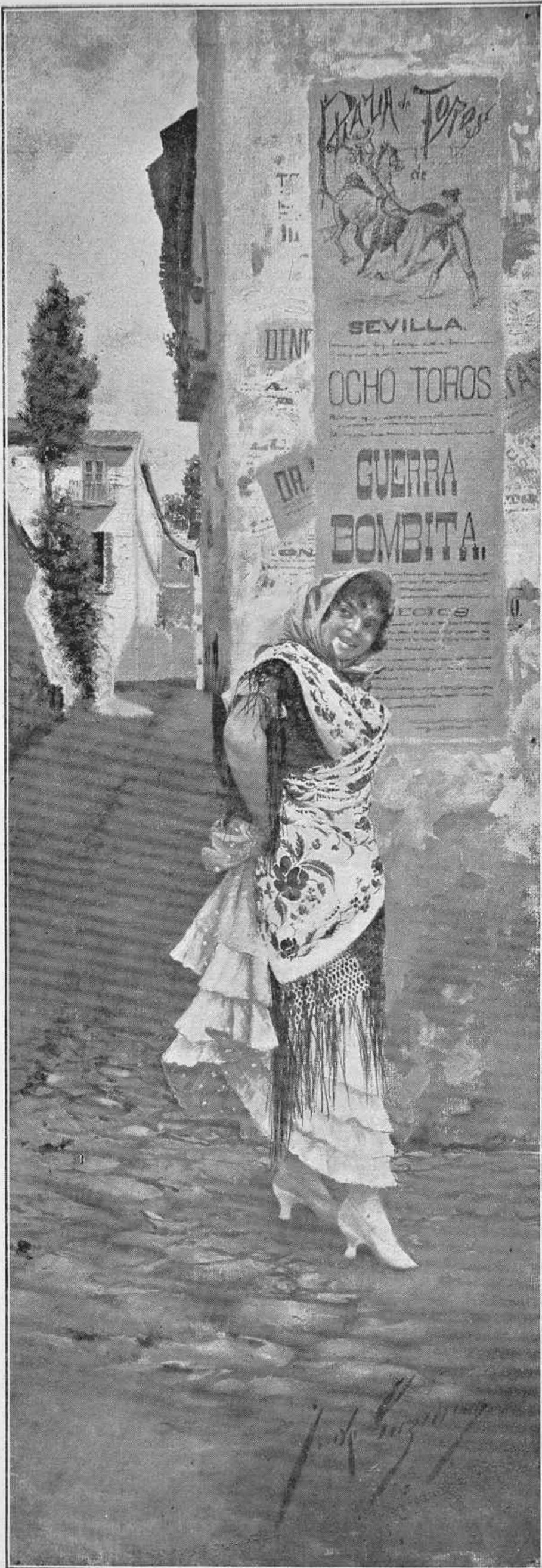
- ¿Qué queréis, abuelita?
- ¿Dónde está mi marido?
- ¿Quién es vuestro marido?
- Song-Nan. Este mediodía salió para los arrozales y yo fuí á dar un paseo.
- ¿Este mediodía, decís?
- Sí. La preñez requiere ejercicio.
- ¿Qué decís, abuela? Miraos en este arroyo y decidme luego si podéis tener hijos. Song-Nan era el abuelo de mis hijos. Su mujer Mai-pu desapareció un día y nadie supo más de ella.

Mai-pu se aproximó al arroyo y vió el cuerpo de una anciana con la cara arrugada como una pasa y con el pelo blanco.

Dos días después Mai-pu, la Santa, la elegida de Budha, sentía los dolores del parto y ¡oh prodigio de los prodigios! de su vientre nacía un niño-viejo ó un viejo-niño, con la frente amplia, los ojos pensativos y los cabellos blancos.

Aquel niño, que era ya un sabio y un santo al nacer, fué Kong-fu-thi, el gran Confucio, por quien los hombres volvieron al camino de la virtud y la tierra fué fecunda.

A. RIERA



GITANA.—Cuadro de JUAN DE GUZMÁN.

SONETOS

EL SONIDO MÁS GRATO

Me gusta oír el eternal sonido
del claro arroyo, al deslizarse lento.
El que produce en su carrera el viento
entre el ramaje del pensil perdido.
El amoroso y santo y bendecido
de un ósculo que sella un juramento.
El de mil arpas. El de humano acento.
El de la seda en su especial crujido...
Pero me veo en un apuro un día;
y si pieuso salir del tal apuro,
¡adiós, adiós, bendita poë íal;
no hay para mí sonido, lo aseguro,
más poético y rico en armonía,
que el argentino resonar de un duro.

UN LANCE DE HONOR

Entre ambos más palabras no mediaron:
—Florinda, sólo atiende mis desvelos.
—¡Los míos, sólo son! ¡¡Voto á los cielos!!
y un guante con presteza se cambiaron.
Del duelo, condiciones precisaron,
amigos de los dos, duchos en duelos,
y al alba de otro día, sin recelos,
en sitio convenido se encontraron.
Las armas, una vez examinadas,
en guardia los duelistas se pusieron;
signíferas sonaron tres palmadas,
los dos, con bravo ardor se acometieron,
y, al blando resonar de las espadas,
.....
testigos y adversarios se durmieron.

A. HERNÁNDEZ Y CID

ESE ES EL CUENTO

¿Es arte del demonio ó brujería
esto de escribir versos?—le decía
no sé si á Calderón ó Garcilaso
un mozo de chirumen muy escaso.—
Enséñeme, maestro, á hacer siquiera
una oda chapucera.
—Es preciso no estar en sus cabales
para que un hombre aspire á ser poeta;
pero, en fin, es sencilla la receta.
Forme usted líneas de medida iguales,
y luego en fila las coloca juntas
poniendo consonantes en los puntas.
—¿Y en el medio?
—¿En el medio?... ¡Ese es el cuento!
Hay que poner talento.

RICARDO PALMA

Lima (Perú).

LA INCÓGNITA DE LA AVENIDA

Se encontraban todos los días á la misma hora matutina y en la misma calle del ensanche. Solían dar las siete en el reloj de una iglesia próxima, cuando ella le distinguía á él á lo lejos, subiendo por la avenida con su aire de ensimismado y él la descubría en la lontananza, bajando por la amplia vía con su pasito menudo y breve. Que lloviera, que escarchara, que nevase, que el hielo colgara sus estalactitas de las ramas de los árboles, que el vendabal azotara con su mano enorme el ambiente, una y otro se cruzaban al sonar allá arriba las campanadas lentas.



Caminaban muy deprisa, con el andar del que va á sus ocupaciones cotidianas. Al pasar uno junto á otro en la desierta avenida, el ruido de las propias pisadas les hacía mirarse maquinalmente. A él, formal y grave, no le pasó nunca por las mientes piropearla. Esta discreción agradóle á ella. Al principio cruzaban sus ojos con la indiferencia de dos transeuntes que se examinan un momento. Después la costumbre les impulsó á curiosarse un poco. El joven halló á la muchacha bella, con una belleza modesta y suave, de dulce castidad. No tenía el aire loco de la modistilla, cabeza de pájaro para el amor, ni el descaro de la obrera hostil al señorito. Algo de elevado, como un residuo de distinción, se advertía en su porte humilde. Y lo que sí se echaba de ver en su rostro pálido era una tristeza profunda y resignada. Se adivinaba allí la renuncia forzosa á la felicidad. La muchacha, á su vez, advirtió en el joven singular medida, no sintió arder en sus pupilas el fuego sensual con que la abrasaban los demás hombres. Y le agradeció el respeto, dándole idea de un espíritu delicado y noble.

La repetición del encuentro, les hizo ser amigos. No llegaron á cambiar el saludo ni á decirse palabra; pero se alegraban de verse. ¡Ahí viene! pensaban al divisarse de lejos y ¡adiós! con los ojos. Si alguna vez se retrasaban uno ú otro y no se encontraban en el camino, sentía cada cual una instintiva inquietud. ¿Si estará mala? ¿Qué le pasará? Al día siguiente, al hallarse, mirada más detenida. ¡Qué sea enhorabuena! No le sucedió á usted á lo

que parece nada grave. ¿Quién será? se preguntaban para sí, al distinguirse. Pero su curiosidad no rebasaba los límites de esta interrogación sin respuesta. Su atracción mutua tenía un punto diario de contacto en la respectiva mirada. Extinguida esa conjunción, nada. Dos personas que se tropiezan, que se son simpáticas y que prosiguen su ruta diferente.

Una mañana, al acercarse el madrugador á la joven, advirtió que andaba con paso vacilante. Cuando llegó á su lado, vió que surcaban su rostro silenciosas lágrimas. La sorpresa le detuvo y se quedó parado mirándola. Ella advirtió la súbita atención, clavó sus ojos un segundo en los que la contemplaban con interés, pareció que iba á decirle algo y arrepentida, de pronto, bajó la cabeza, se echó cuanto pudo el velo sobre la cara y apretó el paso hasta salir poco menos que corriendo, mientras el muchacho, estupefacto por la manifiesta é inesperada fuga la dejaba perderse á lo largo de la avenida.

A la siguiente mañana, la impaciencia llevó al madrugador á la avenida prematuramente. La recorrió en cuatro zancadas. Nadie, fuera de una cuadrilla de obreros de la villa que, envueltos en sus bufandas ó en sus rotas capas, cruzaban con lento paso en derechura al trabajo. Desanduvo entonces lo andado y, mientras, meditó un instante en lo que iba á hacer. ¿Qué se proponía? ¿Amaba á aquella mujer? Contestóse que no, aunque sí sentía hacia su persona una atracción creciente. El llanto, la vacilación de la desconocida viniéronle á la memoria. ¿Qué drama latente pasaba todos los días por su lado? ¿Qué tragedia se escondía en la pobre criatura?

Embebido en estos pensamientos, sacóle de su éxtasis una voz de hombre sonando junto á él. Era el peón caminero que le alargaba una carta, diciéndole con malicia:

—Esto me ha dado para usted esa joven que se encuentra por aquí todas las mañanas.

Maquinalmente dió el joven las gracias, cogió la carta, rompió el sobre y se alejó leyéndola. Decía así: «No le conozco á usted ni sé quien es. Es decir, sí sé quien es usted; un hombre honrado, porque lo es el, que



trabaja y usted va á trabajar. Sólo á ganarse la vida sale uno tan temprano bajo las crudezas del invierno. Lo sé desgraciadamente por experiencia.

»Soy casada y abandonada por mi marido, que es un infame; quedábame el consuelo de una hija, de una pobre niña que se me acaba de morir. Por eso me vió usted ayer tan desesperada. Al pronto pensé decírselo, pero, ¿con qué derecho? Esa criatura es lo único que me ligaba á la vida y me la quito. Cuando lea usted ésta no existiré ya. Pero soy sola, completamente sola y quiero que alguien me rece y me lllore. Réceme usted.»

ALFONSO PÉREZ NIEVA

Ilustraciones de A. SERIÑÁ.

PASATIEMPOS

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

A R R E

LOS PEPES G.

COMBINACIÓN DE METALES

				X	o	o	o	o	o	o
o	o	o	o	X	o	o				
	o	o	o	X	o	o				
		o	o	X	o	o	o	o		
			o	X	o	o				
			o	X	o	o	o			
			o	X	o	o	o			
			o	X	o	o	o	o	o	o
			o	X	o	o	o	o	o	o
o	o	o	o	X	o					
				X	o	o	o			

Substituir las equis y los ceros, de modo que leyendo horizontalmente nos den los nombres de varios metales, y verticalmente aquéllas el de un popular semanario.

FUGA DE CONSONANTES

.o .o .é .ue .ie.e. .a..e
 .a, ..o.e. .e. .a..o.a..o
 .ue .ua..o .a. .ue.e e. .ie.o
 .a.e.e .ue e.á. ..o.a..o

JESÚS LONGUEIRA.

JEROGLIFICO



CHARADA



ARITMÓGRAMA

o	o	o	o	O	o			
		o	o	O	o			
		o	o	O	o	o	o	
			o	O	o	o		
		o	o	O	o	o	o	o
				O	o	o	o	

Leyendo cantidades en las líneas horizontales, en la vertical del centro resulta la mitad de su suma.

LUIS DE PEÓN.

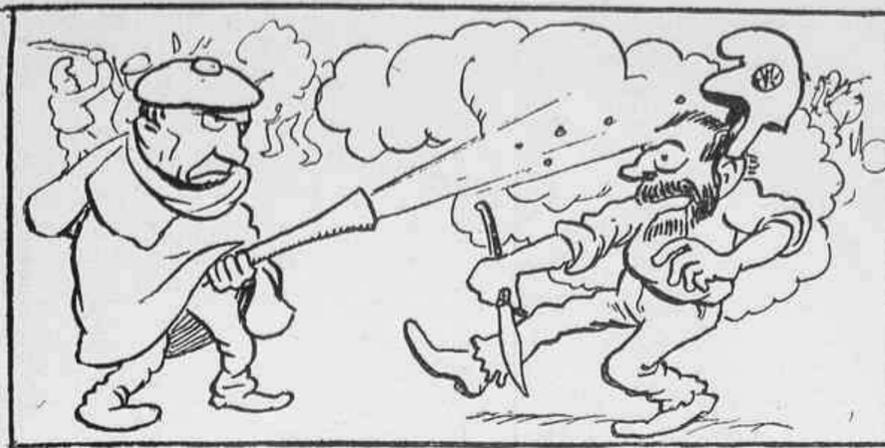
SOLUCIONES Á LOS DEL NÚMERO ANTERIOR:

- Metátesis. — Pelotaris.
- Charada. — Aldeana.
- Jeroglífico comprimido. — Granada.
- Problema jeroglífico. — Milla.

SOLUCIÓN AL JEROGLÍFICO, *Siete frases vulgares*, DEL NÚMERO 20:

El mundo comedia es.—Ponerse el mundo por montera.—Desafiar al mundo entero.—Cosas del mundo.—Este mundo es un fandango.—Medio mundo se ríe del otro medio y yo solo me río del mundo entero.—Entrar en el gran mundo.

NOTA.—No se devolverán los originales, aunque dejen de utilizarse.



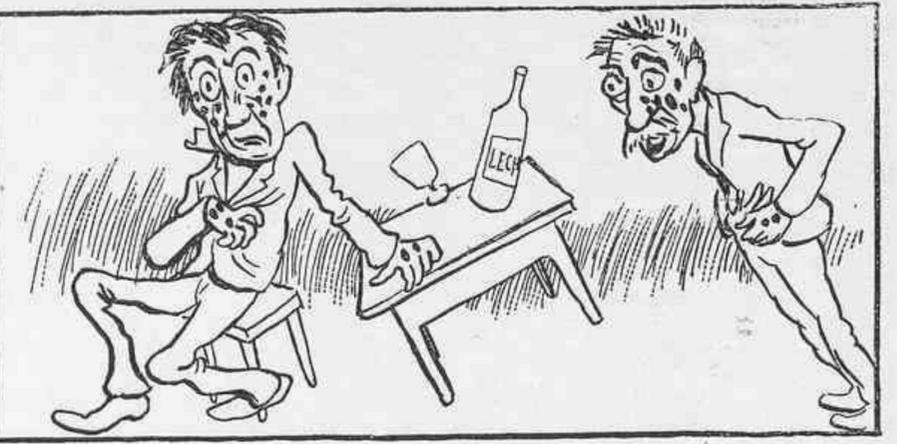
Los partidos políticos estarán á partir un piñón como siempre.



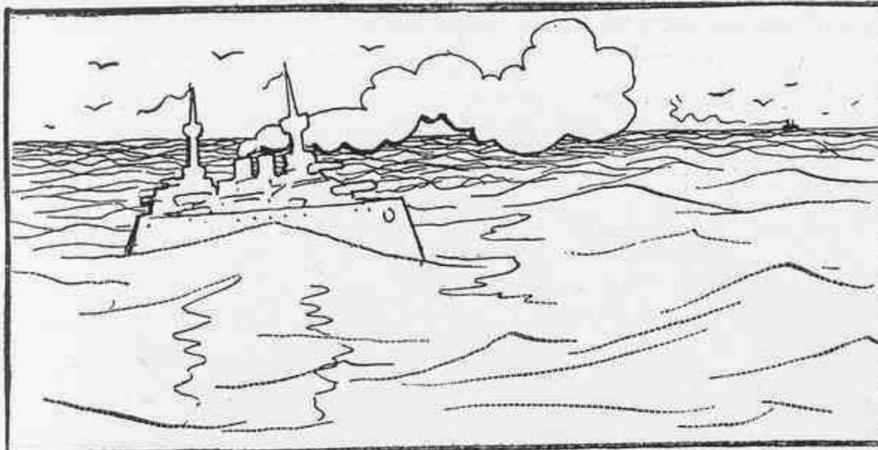
Los obreros tendrán trabajo con exceso y padres cariñosos en los capitalistas.



Los caseros serán verdaderas providencias para los desgraciados.



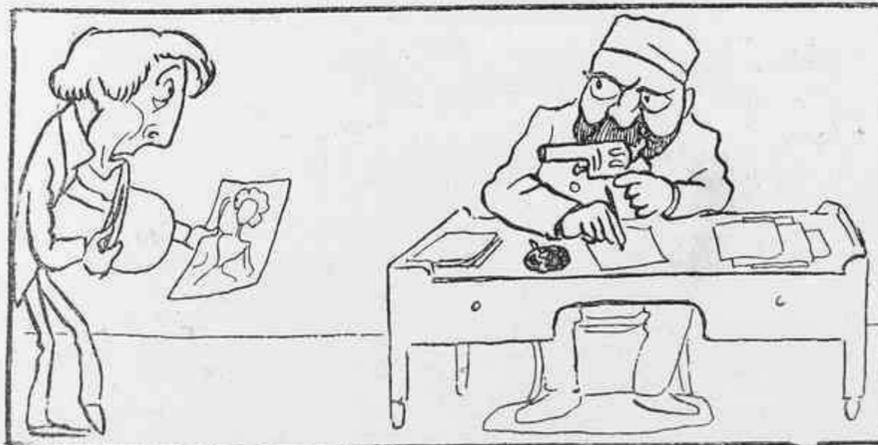
Ya no se adulterará la leche con agua... sino con arsénico ó ácido prúsico.



Nuestros grandes acorazados sólo tendrán 10 calderas inútiles, y las restantes en buen uso.



El timo del portugués seguirá su curso, solamente los lunes, miércoles y viernes, para evitar abusos.



Los editores recibirán con bastante cariño á los artistas que tengan el valor de ofrecer sus importantes trabajos.



Los maestros hará mucho tiempo que habrán cobrado... ¡Como que ya no se acordarán de cuando recibieron el primer trimestre!



ACTIENBRAUEREI
-STUTTART- WULLE
HELLES
DUNKLES
EXPORTBIER

GENERALVERTRETER FÜR ITALIEN

PAOLO TERENGI

Corso Garibaldi, 11 MILANO Foro Bonaparte 28